



El 23 de septiembre de 1973, tras conocer de los terribles sucesos que asolaban su patria y de la muerte de Salvador Allende, Pablo Neruda era vencido por la muerte. Muchos dicen que fue la pena más que la enfermedad, pero todos sabemos que el poeta se quedó por siempre en la vida, compartiendo la clandestinidad y luchando contra la tiranía, regalando esperanza y vida a sus cómplices compañeros, a los obreros y los jóvenes que darian continuidad a sus versos y a su entrega plena. Incluso su funeral se transformó en la primera denuncia colectiva del drama nacional, en el primer grito contra los asesinos y cobardes, en el primer gesto de rebelión contra la tiranía. En este texto, Volodia Teitelboim, en su libro "Neruda", recoge el relato de quienes estuvieron presentes en ese terrible y hermoso día.



A 27 años de su partida

"¡COMPAÑERO PABLO NERUDA... PRESENTE!"

“Cuando se levanta el toque de queda comienzan a llegar corrientes, políticos, universitarios, obreros, mujeres pobremente vestidas, con el drama pintado en la cara... cuando el cortejo asoma a la calle Márquez de la Plata lo reciben los primeros gritos de aquel día. Una voz exclama: ¡Compañero Pablo Neruda! Todos los demás contestan en coro: ¡Presente!”

Es un grito de obreros y estudiantes, pero hay otra gente que oculta rostros aviesos tras anteojos negros. Al desembarcar junto a la plaza que está al pie del cerro San Cristóbal, ubicada a unos cincuenta metros de la casa de Neruda, los espera un puñado de personas que se suma al cortejo.

En ese momento el funeral se convirtió en un pequeño desfile inverosímil, porque toda esa gente enfrentaba a la muerte, que estaba rodeándola, mirándola por los ojos de los camiones llenos de soldados, que apuntaban con sus metralleras. Nadie en el desfile miraba hacia el lado. Todos miraban hacia delante. En la esquina se encontraron con una mujer que lloraba. Se tapó la cabeza con un pañuelo negro y se introdujo entre las filas. La policía se movió en una y otra dirección, tal vez desorientada, sorprendida de que se hubieran atrevido a formar una columna. Los carabinieri en motocicletas daban la impresión de que iban a atropellar al cortejo, se alejaban y regresaban. Cuando pasaron frente a una estación eléctrica, se encontraron a boca de jarro con una compañía de «hombres negros», en posición de apuntar sus fusiles contra esa procesión fúnebre que ya formaba una multitud.

En un momento no bien preciso los integrantes del cortejo comenzaron a mirar hacia los lados, detrás de los carros llenos de militares que apuntaban con sus armas. Miraban hacia las ventanas. Allí se encontraban con ojos que los escudriñaban atentos, de hito en hito. Ya esa pupila fija era un acto de presencia y muestra de valentía. Como lo era la agitación de un virrilo que delataba a una persona que estaba contemplando el paso del cortejo. En otras ventanas de la calle Purlima o de la Avenida Perú, la manifestación

era más evidente: una multitud que saludaba o la ondulación de un pañuelo. Otros, un pequeño adonde. Cuando empezaron a transitar por Santos Dumont hubo gente que comenzó a bajarse de los autos para ingresar al desfile. Alguien, como un sacerdote que aben la Biblia en una misa, abrió un libro de Neruda y comenzó a leer en voz alta: «Generales traidores. Mirad mi cara rota, mirad mi España muerta... Chacales que el chacal rechazarla...» Era «España en el Corazón» en manos del presidente del Sindicato Quimantú. Otros no necesitaban consultar libros. Sabían poemas suyos de memoria y comenzaron a recitarlos.

Al llegar a Avenida La Paz, de repente alguien aventura tímidamente los primeros sonos de la canción prohibida: «Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan...» Otra voz acompaña. Luego se apaga. Pero el canto comienza a resurgir en diversos puntos de la columna. Luego todos parecen cantarla como un murmullo. Un muchacho ciego se lanzó de súbito a recitar a viva voz versos de Neruda. El funeral se había convertido en una multitudinaria. Muchas mujeres traían flores. Cuando pasaron frente a la morgue, que estaba repleta hasta los techos con cadáveres de N.N., había mucha gente esperando.

En la fila caminaba una mujer alta, de pelo castaño, ojos azules, con el semblante pálido, el paso tembloroso, afirmada en dos amigos. Una de las que la apoyaba gritó a todo pulmón algo que era como la voz del escalofrío.

Compañero Víctor Jara...

¡Presente!

Compañero Víctor Jara...

¡Presente!

Compañero Víctor Jara...

¡Presente!

¡Ahora...

¡Y siempre!

La mujer a la cual sostenían permanece muda. Es la bailarina Joan Turner de Jara, la viuda de Víctor, cuyo cuerpo rescató personalmente de esa morgue frente a la cual pasa en este instante.

Rodeando la plaza del Cementerio General hoy carros blindados y jeps con soldados. Al entrar al campo-santo se deposita el ataúd en una plataforma rodante. En ese momento todos están cantando La Internacional. Más que cantarla, la lloran, es como un gran sollozo. Uno que no está de acuerdo con la quejumbra abre un libro de Neruda, para subrayar con aire desafiante: «Aquí tendré, como un montón de espadas, mi corazón dispuesto a la batalla».

Cuando atraviesan las anchas puertas del cementerio, alguien grita un lema esperado, un nombre:

¡Salvador Allende...!

Todos responden a coro: ¡Presente!

Las voces rebotan en la cúpula y vuelven con un eco:

¡Presente!

La gente volvió a cantar La Internacional, con el pulso en alto, sin recato. La cantaban todos, incluso los que no la habían cantado nunca, los que no la sabían y la acompañaban con un susurro. Pocas voces, en medio de la muerte que acompañaban y que los corría, ese himno había alcanzado una tremenda intensidad. Era un canto a la vida y un himno de protesta contra todo lo que estaba sucediendo.

Los soldados miraban estupefactos, desconcertados. Les costaba dar crédito a sus oídos. En la multitud, muchos creían que de repente sonaría una descarga.

De nuevo, la voz: «Compañero Pablo Neruda...». Y la respuesta: «¡Presente!». Pero de improviso, el grito volvió a cambiar. Se oyó un «¡Compañero Víctor Jara!». Y la respuesta de todos fue: «¡Presente!».

Hubo un silencio y aquel que hacía de portavoz exclamó con voz entrecortada: «¡Compañero Salvador Allende!...».

Le contestó algo así como un alarido colectivo, un «¡Presente!» donde se encerraba toda la adhesión hacia el Presidente caído, todo el furor contra los asesinos, toda el ansia de justicia, toda la conmoción del momento, toda la pena por Pablo y por todos los muertos, todo el temor de caer ellos mismos. Fija el minuto preciso en que había que demostrar el pánico, suspender el miedo. Y por eso volvieron a cantar y a besar La Internacional". ■

EL SIGLO 22. Sept. 2000 p. 24

589172

"¡Compañero Pablo Neruda, presente!" [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"¡Compañero Pablo Neruda, presente!" [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile